



1995

*D. Joaquín Cantero Martínez*

Estimados amigos:

Empezamos con este Acto nuestra Semana Santa.

Hace trece años se inició como pórtico de una semana de amor y muerte, de resurrección y alegría, porque la Semana Santa simboliza esto: Dios, hecho hombre en Jesucristo muere en una cruz y resucita al tercer día.

Hay que preparar y tener a punto todo; no puede faltar ningún detalle.

DOMINGO DE RAMOS.- Palmas y ramas de olivo, símbolos del inicio de una semana repleta de dolor y sufrimiento para un Cristo hecho hombre que no duda en ningún momento en cumplir la voluntad del Dios padre: Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del señor. Esos mismos que mostraban su júbilo a tu llegada, días después pedirían tu muerte en la cruz. En todas las casas se preparan para ir a la procesión. Hay que llevar a los niños. Lugar de salida: la ermita de la cruz, como siempre. Llegan los romanos, ya han dado su paseo por el pueblo anunciando el comienzo de la procesión en la que se conmemora la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.

Cristo se dirige al lugar de su tormento, y la ciudad que le matará le recibe con respeto. Y que importante es a veces el miedo... demasiado decisivo.

Estabas tranquilo, al fin llegaba tu hora, y Jerusalén se hacía dueña de ella.

¿Dime ciudad bendita, que mal te hice? Murmura Jesús con la mirada perdida.

No hay respuesta, porque Jerusalén, el pueblo de Dios, gritaba emocionada ante la venida de aquel hombre.

Cuando las palmas de puntas caídas miran hacia el cielo cada Domingo de Ramos, alaban al dios creador del hombre, y glorifican a Jesucristo libertador.

Pero el miedo azota los corazones del hombre, y los gritos se convierten en sirenas que entre cada sonido dejan caer una queja de socorro.

Cristo oye los lamentos y reza: mientras cada uno de ellos mantenga la fe tendrá esperanza, y mientras haya esperanza habrá alegría.

"Hosanna al hijo de David", repiten los coros llenos de felicidad, y un Dios vivo se dirige al sacrificio celestial.

MIÉRCOLES SANTO.- Silencio. Dolor. Muerte.

Cristo muerto en la cruz se pasea por las calles de nuestro pueblo ¡Cuántos cristos muertos! Rotos por el alcohol y las drogas. En cada clavo una lágrima, en cada espina el sentimiento de una familia desecha. Con un paso solemne, al compás de timbales, los anderos con un respeto y devoción que sobrecogen, llevan el trono.

En la oscuridad de la noche, Cristo se hace luz. Un Dios cercano que transmite esperanza a hombres desechos, pobres, sin fe, hombres hambrientos de Dios que por fin encuentran su mirada. La sangre de las manos y de los pies se derrama sobre la cruz y la tiñe de rojo, porque Dios está muriendo.

Agoniza el hombre bueno, el Jesús Nazareno. No hay favores, ni siquiera lugar a quejas. Está escrito. El mundo no llora. Acompaña a Jesús en su dolor, pero no derrama lágrimas. Niños que mueren de hambre, que su felicidad queda reducida a un trozo de pan; guerras sin sentido que oprimen vidas; eso es Cristo.

Volvemos los ojos, y sentimos el dolor ajeno, pero no derramamos lágrimas.

Y entonces Jesús se pasea por el mundo, muerto por el dolor y la fatiga, sin suplicar clemencia...

Él vive para, y por, el mundo. Sereno, dolorido quizás, con el corazón anhelante de pálpitos, el amor hecho carne hace del hombre su único objeto.

Silencio, silencio, silencio...

JUEVES SANTO.- Día del amor fraterno.

"En esos os conocerán, en que os améis unos a otros como yo os he amado".

¿Qué hemos hecho de ese Amor? Cada día lo pisoteamos como la semilla que cayó en el camino y no la dejamos crecer. ¡Cuántos odios inútiles!

¡Cuántas guerras entre hermanos sin saber muchas veces por qué! Y Cristo recordándonos que fue tanto su amor al mundo que se quedó con nosotros en la Eucaristía.

Te prendieron Jesús, te hicieron prisionero unas manos injustas y un beso falso.

Sólo te valoraron en treinta dineros de plata. Getsemaní fue testigo silencioso de la oración dolorosa y comprometida de un Cristo dispuesto a cumplir la voluntad del Dios Padre.

Nosotros cada día te prendemos, te entregamos con el beso del traidor.

"Tanto amó Dios al mundo que envió a su hijo para salvarlo."

Después de la Santa Cena, en la que junto a sus amigos, Jesús se convierte en alimento de vida, Cristo se retira para hablar con su Padre.

Charla emotiva y humana, en la que el hombre pide alejar de su persona al sufrimiento mientras el Dios lo acepta, y respeta al Padre.

¡Qué difícil es amar! El amor puede significar tantas cosas que es imposible comprenderlo. Se siente, no se explica. Y Jesús siente ahora más que nunca, necesita de esa fuerza divina para continuar su suplicio.

El amor de Dios es tan sumamente infinito que no encuentra límites.

El amor humano es tan perfecto que no tiene fronteras.

Unidos forman el trazo ideal, el hombre que siendo Dios, encuentra la verdadera vida: porque en la muerte de Jesús existe ante todo vida.

¡Es la hora! Hay que reservar el Santísimo. El ambiente religioso que hasta ese momento se respira en la iglesia va a cambiar totalmente. Las Cofradías se preparan. Tienen que traer los tronos y empezar a arreglarlos. Noche larga e intensa, noche de acercamiento, imágenes que sentimos de una forma más humana.

Mientras Jesús es prendido, llevado de un lugar para otro como un simple ladrón, el día empieza con anuncios de muerte.

Y al amanecer, tras sanas diferencias, las Cofradías ponen en las calles una multitudinaria y esplendorosa procesión: la de Viernes Santo por la mañana.

VIERNES SANTO por la mañana.- Emoción. Sentimiento. La pasión de Cristo en la calle. Los primeros rayos de sol iluminan a Cristo en su camino al Calvario.

Pedro, la piedra angular de tu iglesia, mostró su debilidad y lleno de miedo humano juró no conocerte, negándote hasta tres veces.

Y es que el hombre Jesús, es así. Podemos ser valientes y ante todo somos humanos.

Nuestra negación se llena de un miedo que nos impide comprometernos.

"Antes de que cante el gallo me negarás tres veces".

Con el canto del gallo tu mirada y la suya se encontraron, el arrepentimiento inundó el corazón del amigo. ¿Cuál es el poder de una mirada? Necesitamos tus ojos, tu claro y limpio mirar Jesús Nazareno: guerras, pobreza, rencor, odio... el mundo tiende sus manos hacia ti, hacia el Cristo maniatado a la columna, al Dios humillado e injustamente azotado.

De Caifás a Pilato. De Pilato a Herodes; nadie halló culpa en Él, pero todos te acusaron.

Tu corona fue de espinas, tu cetro una caña.

Se burlaron, te insultaron, te cargaron con la cruz. ¡Cuánto pesado el mundo!

Apenas te quedan fuerzas. Las faltas de todos los hombres han desgastado las que tenías. Caes una y otra vez. El suelo, ese trozo de mundo que tu Padre creó, es ahora tu tortura. Las piedras lloran contigo en tu dolor, y el suelo se hace mucho más resbaladizo.

El sudor y la sangre riegan tu rostro. Nadie te ayuda, sólo una mujer, un corazón movido por la compasión, intenta darte consuelo. Postrada a tus pies, seca tu rostro. Tu cansado y triste gesto queda estampado para siempre en el pedazo de tela.

Tú eres Dios.

Cristo llega al Calvario. Lo desnudan. Tres clavos. Golpes.

Pendiente de una Cruz, el cuerpo pierde la vida, y el alma se va escapando en cada suspiro.

¡Revélate Cristo! ¡y aún los perdonas! Hasta el lugar de la Crucifixión han llegado Juan, el discípulo amado, a quien Cristo nombra hijo desde la Cruz y su Madre.

María no dice una palabra, ha seguido a su hijo transida de dolor y ahora contempla absorta y desecha como el pedazo de vida que llevó en su vientre pierde el don conseguido en su seno.

¡Entre dos ladrones, como un vulgar malhechor!

Las lágrimas descienden por su rostro, haciéndose eco del corazón. No hay lugar para ese llanto, tú sabías a lo que venía al mundo mujer.

Dios es grande, y ante todo sabio. El sabrá entenderme. ¿Qué puedo hacer si no lloro? Es mi único hijo.

VIERNES SANTO, noche. – Descienden a Jesús de la Cruz.

María lo acoge en sus brazos. Dolorosa, serena, la madre de Dios no tiembla. Su rostro queda sumergido en una profunda tristeza. Ella sabe que será su último abrazo, el fin de la vida terrena. Y cuando le contempla, los brazos, movidos por un incomprensible sentimiento materno, se lanzan al cuello de Jesús. Ya no siente su respiración, ya no teme hacerle daño... Debiera haber hecho aquello cuando era más joven. Haberle aprisionado entre sus manos, atraerlo hacia su pecho y acariciarlo, protegerlo. Eso es lo que sentía, no ser la madre del Dios, en ese momento, era ante todo y pese a todo madre del hombre.

Figuras de madres estremecidas, rompecabezas de mujeres que por serlo dieron sus vidas, y es que tiene que ser tan hermoso llevar vida en tu cuerpo. Y cuando la das, nunca deseas que te la quiten. Esas mujeres luchan por sus hijos, lo harían todo por ellos, por eso acuden a María, saben que las

las entenderá. La madre amantísima es la madre del universo, sólo el cariño materno es milagroso. Junto a la Virgen, San Juan y María Magdalena lloran desconsolados la muerte del Maestro.

Su cuerpo inerte, es conducido al sepulcro. Las losas son movidas, y entre sábanas el santo Dios queda sepultado en la tierra.

María queda sola. Cumplió la voluntad de Dios, se resigna a perderlo porque ve en ello la redención del mundo.

Su hijo volverá a la vida, tal y como dicen las santas escrituras, a eso vino.

Pero entonces, ¿por qué se encuentra tan sola?

¡Y se hizo la luz! ¡Aleluya, aleluya! ¡Cristo ha resucitado! Volteo de campanas, y miles de palomas al vuelo que al batir sus alas intentan dar la noticia al cielo.

Es un día de alegría, de júbilo inmenso. Ahora sí que existe la vida, porque no puede haber vida sin Cristo.

En Las Torres de Cotillas se celebra éste hecho con una alegre procesión, la de

DOMINGO DE RESURRECCION.- Cambia en las cofradías su expresión de recogimiento. Los cofrades van a desfilan con la cara descubierta. Ya no hay miedos, ya no existe tristeza, Jesús ha vencido a la muerte.

Es entonces cuando Jesucristo se encuentra con su madre y con Juan.

¿Hay algo más hermoso? Las expresiones de las imágenes parecen cambiar, los rostros transmiten algo nuevo.

María, la Virgen, se siente alegre, sobre todo viva. La vida que su hijo le ha vuelto a dar.

San Juan contempla al maestro y se admira. Cumplía todas las promesas, y aquello era el mayor de los milagros. Sin duda era Dios.

Flores, aplausos, música, pólvora, y una lluvia de caramelos que hacen mucho más especial el ambiente.

Sienten los anderos tal emoción en sus corazones en ese momento que las imágenes son plumas en sus hombros, y se esmeran en que su paso sea el que mejor "baila".

Todo el itinerario es un incesante baile, una incesante alegría.

Cristo vive y se hace presente en el mundo.

Ojala todos los finales sean semejantes a éste.

Dios es grande, y todo lo puede, por eso Cristo fue resucitado después de redimir al mundo de todos sus pecados.

¿Y quién puede amar más que Dios?